

Preguntas de Reflexión

- ¿Cómo resuena la imagen del hombre golpeado en tu propia experiencia creciendo en un hogar disfuncional?
- ¿Quién te ha ayudado en tu viaje a la recuperación y cuidado tus heridas emocionales, y cómo te ha transformado?
- ¿Qué significa para ti “anda y haz tu lo mismo” mientras continúas sanando y construyendo relaciones saludables?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Deuteronomio 30:10-14

Salmo Responsorial: Salmo 69:14, 17, 30-31, 33-34, 36, 37

Segunda Lectura: Colosenses 1:15-20

Evangelio: Lucas 10:25-37

Decimoquinto Domingo del Tiempo Ordinario



Creer en un hogar disfuncional, caótico o con alcoholismo puede sentirse como vivir en un mundo al revés. El amor fue condicionado, las emociones ignoradas o usadas como armas. Faltaron seguridad, constancia y afirmación. Estas heridas son profundas. Como adultos, quedamos atrapados en ciclos de complacencia, vergüenza, desconfianza o desconexión emocional. A menudo creemos que solo valemos si cumplimos, o que nuestras necesidades son una carga. Nuestro niño interior sigue a la orilla del camino: maltratado, abandonado, desapercibido.

En el Evangelio de este domingo, un maestro de la ley le pregunta a Jesús qué debe hacer para heredar la Vida Eterna. Jesús le responde con una pregunta, y el hombre cita el mandamiento más grande (Lucas 10:27-28):

*“Amarás al Señor tu Dios,
con todo tu corazón,
y con toda tu alma,
y con todas tus fuerzas,
y con toda tu mente,
y a tu prójimo como a ti mismo.”
[Jesús] le dijo, “Has respondido bien;
haz esto y vivirás.”*

Para muchos hijos adultos en familias disfuncionales, el amor -especialmente el propio- ha sido deformado o atrofiado. Puede ser que entendamos esta palabra de manera intelectual pero la encontramos difícil de vivir emocionalmente. ¿Cuál es la relevancia de amarnos a nosotros mismos si nos enseñaron que nuestro valor depende de los estados de ánimo o aprobación de los demás? ¿Cómo podemos amar a nuestro prójimo cuando aún estamos aprendiendo a poner límites y confiar?

Jesús comparte la parábola del Buen Samaritano (Lucas 10:30-37):

*“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó
y cayó en manos de unos salteadores que,
lo desnudaron, lo golpearon y lo dejaron medio muerto.
Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote,
y, al verlo, pasó de largo.
Igualmente, un levita llegó cerca de aquel lugar;
y, al verlo, también pasó de largo.
Pero un samaritano que iba de viaje se llegó hasta él,
y, al verlo, se llenó de compasión.
Se acercó y le vendó las heridas echando en ellas aceite y
vino.
Lo montó en su propia cabalgadura,
lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó.
Al día siguiente, sacando dos denarios,
se los dio al posadero y le dijo:
‘Cuida de él, y lo que gastes de más
te lo daré a mi vuelta.’
¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo
del que cayó en manos de los salteadores?
Él le contestó “El que tuvo misericordia con él.”
Jesús le dijo, “Anda, pues, y haz tú lo mismo.”*

Este relato refleja el dolor y la belleza de nuestro camino de recuperación. Fuimos la víctima en el camino, despojados de seguridad emocional y de identidad. El sacerdote y el levita pueden representar a quienes negaron nuestro sufrimiento o encubrieron el caos familiar. Pero alguien se detuvo: un terapeuta, padrino, mentor o compañero en recuperación. No intentaron arreglarnos, solo reconocieron nuestras heridas y caminaron con nosotros.

El samaritano, un forastero rechazado, representa a Cristo, que entra en nuestro dolor de formas inesperadas. El vino y el aceite evocan los Sacramentos, pero también la compasión humana que restaura nuestra confianza. Nos recuerdan que no somos invisibles ni estamos fuera del alcance del amor.

Jesús concluye con un mandato exigente: “anda y haz tú lo mismo”. A medida que sanamos, también podemos convertirnos en samaritanos. No para rescatar o repetir patrones codependientes, sino para ofrecer presencia, honestidad y amabilidad. Aprendemos a amar sin perdernos, a cuidar sin controlar, y a apoyar sin olvidar nuestras propias necesidades.

La sanación lleva tiempo. Requiere duelo por lo perdido, reeducarnos y aprender a recibir amor de forma sana. No tenemos que apresurar nada. La misericordia de Dios nos alcanza justo donde estamos, y nos envía personas que caminan con nosotros, así como también nos envía a acompañar a otros. Ya no estamos solos. Y aunque no elegimos la familia de origen, hoy sí podemos elegir la senda de la sanación y del amor.